

## CAPITULO VI.

### LA BATALLA DE ALMANSA.

#### ABOLICION DE LOS FUEROS DE VALENCIA Y ARAGON.

1707.

Reveses é infortunios de Felipe en la guerra exterior.— Derrota del mariscal Villeroy en Ramilliers.—Apodérase Marlborough de todo el Brabante.—Piérdese la Flandes española.—Españoles y franceses son arrojados del Piamonte.—Proclámase á Carlos de Austria en Milan y en Nápoles.—Guerra de España.—Vuelve el archiduque á Barcelona.—Célebre batalla de Almansa.—Triunfo memorable del duque de Berwick.—Consecuencias de esta victoria.—Orleans y Berwick someten á Valencia y Zaragoza.—Rendicion de Játiva.—Sitio y conquista de Lérida.—El duque de Orleans en Madrid.—Bautizo del príncipe de Asturias.—Nueva forma de gobierno en Aragon y Valencia.—Abolicion de los fueros.—Chancillerías.—Confiscaciones.—Terrible castigo de la ciudad de Játiva.—Es reducida á cenizas.—Edificase sobre sus ruinas la nueva ciudad de San Felipe.

Si grandes fueron las contrariedades que en estos últimos años sufrió la casa de los Borbones en España, mayores habian sido y de mas difícil remedio los reveses y los infortunios de fuera. Los Estados de Flandes, aquella rica herencia de Carlos V., por cuya conservacion tantos y tan costosos sacrificios habian he-

cho por espacio de siglos los monarcas españoles de la casa de Austria, estaban destinados á dejar de ser patrimonio de la corona de Castilla con el primer soberano de la casa de Borbon. Considerables fuerzas habian aglomerado allí los aliados, y el activo conde de Marlborough que iba y venia de Inglaterra á Holanda, se habia propuesto juntar cuantas fuerzas pudiese de mar y tierra para dar un golpe decisivo á Francia y España en los Países Bajos, y en verdad no le salió vano su intento.

Marchando pues el de Marlborough con sus tropas á unirse con las de Holanda, Prusia y Witemberg, dirigióse á Brabante, donde se hallaba acampado con su ejército el mariscal francés Villeroy. No esperó éste para aceptar la batalla á que se le reuniera el mariscal de Marsin que pasaba á juntársele con diez mil hombres. La consecuencia de esta conducta, en que acaso no hubo ni error ni precipitacion, sino obediencia á las órdenes que tenia, como dirémos luego, fué sufrir una completa derrota (mayo, 1706), en que perdió trece mil hombres, cincuenta piezas de cañon y ciento veinte banderas. El resultado de la derrota de Ramilliers, que asi se llamó por el lugar en que se dió el combate, fué rendirse Malinas y Bruselas, de donde el gobernador, que era el elector de Baviera, se apresuró á sacar consejos y tribunales, y llevarlos á Amberes, y retirarse á Mons el mariscal de Marsin que se hallaba ya cerca del campo de batalla.



El marqués de Chamillard, ministro de la guerra de Luis XIV., que fué enviado por este monarca á Flandes para informarse del estado del pais y dar órdenes para su defensa, y estaba de inteligencia con los duques de Borgoña y madama de Maintenon, autores de aquellos desastres, persuadió al rey Cristianísimo que convenia llevar á los Países Bajos al duque de Vendôme, único que estaba sosteniendo en Italia la causa y los estados de Felipe V., y trasladar á Italia al mariscal de Marsin: funesto plan, que envolvia el designo de abandonar á un tiempo la Italia y la Flandes.

Asi fué que el de Marlborough se apoderó fácilmente de casi todo el Brabante, el elector de Baviera tuvo que retirarse tambien á Mons con las tropas walonas y españolas, y hasta el gobernador de Ambrés, que era el español don Luis de Borja, marqués de Caracena y hermano del duque de Gandía, entregó aquella plaza al enemigo, mancillando el lustre y la fidelidad de su casa y familia. Algo se recobró el valor perdido de nuestras tropas con la llegada del duque de Vendôme (agosto, 1706), mas no tardaron en volver á desalentarse al ver á los enemigos enseñorearse de Menin y de Dundermonde, de modo que pudo el de Marlborough establecer sus cuarteles en todo el Brabante español (setiembre). Y todavía pasó á Holanda á pedir mas tropas para la próxima campaña, con tener ciento treinta y seis batallones de

infantería, que hacian cerca de setenta mil hombres, y ciento cuarenta y cinco escuadrones de caballería que componian quince mil caballos. Tambien el duque de Vendôme fué á Paris á solicitar refuerzos. Pero es lo cierto que ya quedaban perdidos para España casi todos los Países Bajos españoles, y para Francia aquella línea de fortificaciones que con su activa política habia ido formando y le daba la superioridad sobre la Holanda, siendo ahora los aliados los que quedaban dominando en aquellos países y amenazando á la Francia.

Solo en Alemania el mariscal de Villars sostenia con gloria el honor de las armas francesas, dominando desde el Rhin hasta Philisburg, bloqueando y amenazando á Landau, protegiendo la Alsacia, derrotando ó teniendo en respeto al príncipe Luis de Baden y al conde de Frisia que mandaban el ejército imperial, y poniendo en contribucion á Worms, Spira y otros pueblos del Palatinado.

Porque en Italia no habian ido las cosas de españoles y franceses menos decaidas que en Flandes, por influjo de las mismas siniestras causas. Cuando los mariscales Berwick y Vendôme, tomada Niza y cortados los caminos del Mincio, tenian ya reducido al príncipe Eugenio de Saboya á solas dos plazas, y aun de ellas amenazada de sitio la de Turin, el duque y la duquesa de Borgoña, y madama de Maintenon, los envidiosos de la fortuna de Felipe V. de España, saca-



ron de allí aquellos dos generales, haciendo que el de Vendôme fuera llamado á Versalles y el de Berwick destinado á la Extremadura española. Al fin volvió el de Vendôme, porque hizo comprender á Luis XIV. lo que importaba acabar la guerra de Italia; derrotó un cuerpo de alemanes, echándolos del otro lado del Adige, y unido á La Feuillade circunvalaron ambos la importante ciudad de Turin, obligando al duque de Saboya á retirar á Génova su familia para no exponerla á los peligros de un sitio. En tal estado, ó por mejor decir, cuando tenían ya apretado el cerco, tomadas las obras exteriores de la plaza, abierta trinchera, intimidada la guarnición y á punto de coronar sus esfuerzos con la ocupación de la capital de Lombardía, no obstante que llegaba el príncipe Eugenio con un refuerzo de tropas alemanas, entonces (julio, 1706), con motivo de la derrota sufrida por Villeroy en Ramilliers de Flandes, fué destinado el de Vendôme á los Países Bajos y réemplazado por Marsin, dejando el ejército sitiador al mando del duque de Orleans.

Dióse con esto lugar á que el príncipe Eugenio con sus alemanes forzando sus marchas se uniera al duque de Saboya, los cuales desde luego resolvieron atacar al ejército sitiador en sus mismas líneas. Dos veces fueron rechazados, pero á la tercera lograron forzarlas, desordenando de tal modo á los franceses, que herido de muerte el mariscal de Marsin (de cuyas

resultas murió de allí á poco), con dos heridas también el de Orleans, muertos cerca de cuatro mil hombres, y hechos otros tantos prisioneros, el resto abandonó artillería, tiendas, municiones y bagages (septiembre, 1706), y huyendo en el mayor desorden, en lugar de retirarse por el Milanesado, donde había otro cuerpo de ejército, repasó los Alpes, dejando libre, no solo á Turin, sino todo el Piamonte, cuyas plazas se dieron sin resistencia alguna al de Saboya. Desembarazados de la guerra del Piamonte, pasaron el de Saboya y el príncipe Eugenio al Milanesado: entregóseles Novara; Milan les abrió las puertas; fué ocupado Lodi; las tropas francesas y españolas se recogieron á las plazas fuertes, y se proclamó á Carlos de Austria en el Milanesado. Si el duque de Borgoña y sus malos consejeros, á quienes muchos suponían autores de estas pérdidas, se proponían debilitar el poder de España, celosos ó envidiosos del engrandecimiento de Felipe, debieron conocer cuanto se estaban dañando á sí mismos, porque todo esto cedia visiblemente en mengua de la Francia, y sus fronteras quedaban espuestas á las invasiones de los aliados.

No se ocultaban estas y otras gravísimas consecuencias al claro entendimiento de Luis XIV.; y aunque perdido ya su antiguo vigor, no tanto por la mucha edad como por la poca salud, hubiera querido, y esta era su resolución, mantener la guerra de Italia. Pero dominado por la Maintenon, por Chamillard y



por los duques de Borgoña sus nietos, los cuales le persuadian de que abandonada la Italia mejoraria la guerra de España, en la Alsacia y en Flandes, y que Génova, Venecia y el Papa, tan pronto como vieran la Italia desamparada por los franceses, se unirían por su propio interés para sacudir el yugo de los alemanes, dejése vencer de sus instigaciones. Y arreglando secretamente un tratado de neutralidad con el emperador y con el duque de Saboya, se dieron las órdenes á los generales franceses y españoles para que evacuáran las plazas fuertes que se conservaban en Milan y en el Mantuano, como así se verificó (marzo y abril, 1707), concediendo el emperador y el saboyano en virtud del convenio el paso á Francia á los veinte mil hombres encerrados en aquellas ciudades, plazas y castillos. Los italianos no quisieron salir, y la mayor parte tomaron partido con los enemigos, indignados de semejante conducta. Así se sacrificaron aquellas tropas, y así se privó á España de unos dominios que sobran fuerzas para conservar.

Hecha la ocupacion del Piamonte, y puesto el duque de Saboya en posesion de Alejandría, de Valenza del Pó, del Monferrato y otras plazas que se le ofrecieron, cuando dejó el partido de España y se pasó á los aliados, faltando estos abiertamente al tratado de neutralidad que acababa de estipularse, enviaron un cuerpo de ejército para que se apoderára del reino de Nápoles: empresa que llevaron á cabo sin gran difi-

cultad; ya por la falta de medios en que se habia dejado al marqués de Villena para su defensa, ya por la disposicion de los napolitanos, ya porque dentro de la misma capital se habia estado fomentando la rebelion. El leal marqués de Villena hizo todo género de esfuerzos para sostener aquellos dominios, incluso el de dar el ejemplo de convertir en moneda su bajilla de plata, reducido á comer en bajilla de peltre, para alentar á los demas á proporcionar recursos sin gravar á los pueblos. Pero abandonado de todos, incluso los gobernadores, los magistrados, y algunos magnates españoles que faltando á su fé y á su patria hicieron causa con el enemigo, y viendo que esperaba en vano socorros ni de Francia ni de España, tuvo que refugiarse, no sin gran trabajo; con algunas tropas españolas y walonas en Gaeta, que mas adelante fué tomada por asalto despues de un gran bloqueo. Perdióse pues tambien para España el reino de Nápoles, y reconocióse en él y se juró obediencia á Carlos de Austria.

Solamente la Sicilia permaneció fiel á Felipe V., merced á la lealtad y á las acertadas y prudentes medidas del virey marqués de los Balbases, que sabiendo calmar á los descontentos, logró tener en respeto á los austriacos, cuando todos creian que la conquista de Sicilia sería por lo menos tan fácil como la de Nápoles <sup>(1)</sup>.

(1) Le Clerc, Historia de las Provincias-Unidas. — Lan. 161



Tales habian sido las desgracias de España, y tan infelizmente iba para ella en el exterior la guerra de sucesion, al tiempo que en la península acontecian los sucesos de que hemos dado cuenta en el anterior capítulo, y los ejércitos enemigos se preparaban y reforzaban para la segunda campaña. Unos y otros habian entretenido los meses de invierno (de 1706 á 1707) en irrupciones y empresas fronterizas, y en esa especie de guerra de vecindad, por lo comun sangrienta, que se hacen entre sí los pueblos de una misma nacion pronunciados por diferentes partidos. Muchas de estas expediciones de incendio y de saqueo, y de estas acometidas destructoras habian sufrido las villas y lugares de las fronteras de Aragon, Valencia y Castilla. El archiduque Carlos se volvió de Valencia á Barcelona (7 de marzo, 1707), dejando por virey de aquel reino al conde de Corzana, y por generales del ejército á milord Galloway y al marqués de las Minas.

El de los aliados habia recibido un considerable refuerzo por Alicante. Los nuestros esperaban tambien el que venia de Francia y habia entrado ya por Navarra, con el duque de Orleans, que despues de la des-

Memorias para la Historia del siglo XVIII.—Quinci, Historia militar de Luis XIV.—Historia de la casa de Austria.—Comentarios de la guerra de España, tom. I.—Belando, historia Civil, P. III. c. 22 y 23.—Macanáz, Memorias MM. SS.

c. 404.—Botta, Storia d'Italia.—Memorias de Berwick.—Historia de las campañas del duque de Vendôme.—San Felipe, Comentarios, tom. I.—Belando, P. II. capítulos 22 al 31.

graciada campaña del Piamonte, habia sido destinado á España con el mando superior del principal ejército. Todo parecia anunciar algun acontecimiento importante. Moviéronse Galloway y el de las Minas hácia Yecla y Villena: el duque de Berwick se situó con su ejército en Almansa. Aquellos querian adelantar la batalla antes que llegáran las tropas francesas: éste procuraba dar tiempo á que viniese el de Orleans con su gente: porque ademas de no querer privarle del honor de mandar las armas, si bien nuestra caballería era buena y de confianza, la infantería era muy inferior en número y calidad á la del enemigo, soldados briosos y reclutas muchos, habiéndolos que no habian disparado todavía un fusil. Sin embargo los oficiales españoles, que ardian por entrar en combate, murmuraban á voz en grito del general, y públicamente decian que como era hermano de la reina Ana de Inglaterra se habia ajustado con los ingleses, y trataba de que se perdiera todo, y escribíanlo asi á la córte. Nada de esto ignoraba el de Berwick, y tenia la prudencia de tolerarlo, guardando silencio como si de ello no se apercibiese.

Aquellas quejas no dejaron de hacer algun efecto en la córte; por lo cual se dieron la disposiciones mas activas para que el de Orleans pasase inmediatamente á tomar el mando del ejército. Habia llegado á Madrid el 18 de abril (1707), donde fué recibido con honores de infante de España y tratamiento de Alteza;